

ataque de los turcos guiados por un gran capitán, la rivalidad de la Francia, y hacer frente a las sublevaciones de los protestantes. Aunque no consiguió ninguna de las empresas; aunque no pudo, en el espacio de treinta y cinco años, hacer otra cosa que manifestar la impotencia de su genio contra imperiosas circunstancias; aunque concluyó por abandonar una carga, de la que no había conocido más que las penalidades, no se le puede negar el nombre de grande en un siglo en el que los grandes hombres abundaron.

Cuando los turcos se lanzaron desde el Norte y desde el Mediodía, comprendió la oportunidad de la cruzada, de que Jimenez de Cisneros había dado la señal. La guerra que comenzó contra los turcos no concluyó con él, y Seim, sucesor de Soliman, rompió la paz que duraba hacia treinta años con Venecia, sólo por el motivo de que los vinos de Chipre eran de su gusto (4). Cien galeras y doscientos veinte y cuatro barcos de menor porte, tripulados por cincuenta y cinco mil turcos con una formidable artillería servida por renegados italianos y españoles, atacaron á aquella mal guardada isla. Después de torrentes de sangre vertida, sucumbió Nicosia, donde fueron pasados á cuchillo veinte mil hombres, y cayó en poder del enemigo. Pafos y Limasol sufrieron igual suerte. Pio V había hecho un llamamiento á toda la cristiandad en aquel peligro urgente; pero Felipe II fué el único que contestó á él, y la escuadra aliada no llegó sino dos meses después de la toma de Chipre.

Negociantes de Génova, caballeros de Malta, nobles de todos los países abandonaban aun sus familias, los placeres y las cortes, para ir á pelear contra los turcos con no menos ánimo que valor, fuera en las galeras, en Hungría ó en Transilvania. Pero ya no eran aquellos piadosos cruzados que, sin pensar en la gloria, morían ignorados como habían vivido, por Jesús y María; tenía ya mucha parte la vanidad, la bravata, el deseo de adquirir un nombre y recompensas, hacer contar sus proezas en la corte y ganar un hermoso priorato ó una odalisca. Marco Antonio Colonna mandaba las galeras del papa, Venecia puso ciento veinte y seis en el mar, la Sicilia cuarenta y nueve, á las órdenes de Andrés Doria, que por envidia tal vez de la ciudad rival de su patria, bordeó y llegó tarde. Durante aquel tiempo Marcos Bragadino se defendía en Famagusta como un héroe; y después de haber rechazado seis asaltos, capituló con honor. Lala Mustafá, que había manifestado deseo de ver á aquellos valerosos cristianos, habiéndole invitado acudir en su tienda, acompañado de algunos de sus

(4) El renegado José Massy había obtenido de Selim, en un momento en que este príncipe estaba ébrio, la promesa de la isla de Chipre. En su consecuencia, hizo todo lo posible para obtenerla, y tal vez debe atribuirsele el incendio del arsenal de Venecia (1569), y el del polvorin, que causaron tan inmensos perjuicios á la ciudad.

oficiales, fué hácia ellos; pero habiéndose suscitado una cuestión, los hizo ahorcar, descuartizar y desollar, y trató á Famagusta como á ciudad enemiga.

Batalla de Lepanto.—Reconociendo entonces los cristianos el peligro común, se convinieron en reunir cincuenta mil infantes y cuatro mil caballos: se determinó que Felipe II proporcionara la mitad de los gastos, Venecia una tercera parte, el papa una sexta, y que el botín se dividiría en la misma proporción; las conquistas de Europa y Asia debían ser de la república, y las de Africa de España. Dióse el mando de la escuadra á don Juan de Austria, bastardo de Carlos Quinto. Florencia, Saboya, Ferrara, Urbino, Parma, Mántua y las repúblicas de Génova y Luca se asociaron á la empresa. Habíéndose dado á la vela los confederados en Messina, vieron á la altura de las islas Curzolari á la escuadra turca, que compuesta de doscientas veinte y cuatro velas, salía del golfo de Lepanto (7 octubre de 1571), á las órdenes de Alí Bajá. «Entonces colocaron en el sitio más alto las imágenes de Cristo crucificado... y estando todos arrodillados delante de ellas y cada uno pidiendo humildemente perdon de sus pecados, se aumentó de tal modo el ánimo de pelear y el valor en los soldados cristianos, que en un momento y casi como por milagro se levantó por toda la armada en general un grito de alegría, que repitiendo en voz muy alta: ¡Victoria! ¡Victoria! podían oírlo hasta los mismos enemigos (5). Llegaron á las manos: Alí fué muerto; asustados y destrozados los turcos, sufrieron la pérdida de veinte y cinco mil muertos y diez mil prisioneros; quince mil cristianos encadenados en sus galeras recobraron la libertad.

Las relaciones de aquella época atribuyen á los venecianos el mérito de aquella victoria; pero la opinión popular honró con él á don Juan. A la noticia de aquel triunfo, exclamó el papa en su alegría: *Fuit homo misus a Deo, cui nomen erat Johannes*; pero el impávido y envidioso Felipe dijo: *Ha vencido sin duda; pero ha arriesgado demasiado*, y no le permitió aceptar la corona de Albania y Macedonia, que le ofrecían los cristianos de aquellos países (6). Sintió la cristiandad aun por un momento su unidad, y la santificó con milagros: atribuyó la victoria de Lepanto á la Virgen, cuyo rosario recitaban todos los fieles á la hora en que se dió la batalla; y eternizó con una fiesta anual la memoria de aquel acontecimiento y de aquella devoción.

(5) SERENO, *Comm. de la guerra de Chipre*, pág. 191.

(6) En Venecia se celebraron fiestas muy solemnes. Todo el pórtico de Rialto, en donde se hallaban los comerciantes, fué adornado de telas azules y encarnadas: las tiendas con armas y despojos turcos, entre los que se espionaban bellas pinturas de Gianbellino, Ticiano, Pordenone, Giorgione y Rafael; también había arcos, banderas, adornos, hachas, candeleros y grandes linternas. SANNOVINO; *Venecia, ciudad muy noble y singular*, lib. X.

CAPÍTULO XXIII

PAISES-BAJOS. — ESPAÑA. — PORTUGAL.

Así como Fernando el Católico, Carlos Quinto había buscado en la conquista de la Italia un medio de dominar en Europa; había dado con esto importancia á las armas españolas, y sofocado la libertad. Separada ya la España del imperio, procuraba conservar aquella supremacía apoyándose, no en fuerzas extranjeras, sino en su situación y en su propio genio. Pero Felipe II, cuyo padre en vano había procurado conciliar el amor de los alemanes y de los españoles, no obtuvo siquiera el de sus compatriotas. Lejos de tener el genio cosmopolita de Carlos, se manifestó enteramente castellano, no habló más que su lengua ni quiso otra religión ni constitución que la española. Heredero de la mitad del mundo caminó, de prosperidad en prosperidad por espacio de cuarenta años; tuvo consejos de una habilidad admirable, capitanes de genio y de valor á toda prueba; su infantería fué la mejor, y su marina la más poderosa que hubo en Europa. En todas partes batió á los insurrectos, conquistó á Portugal y consiguió las dos insignes victorias de Lepanto contra los turcos y de San Quintín contra los franceses. Sus inmensas colonias le proporcionaron inagotables tesoros. Su literatura nacional tuvo en su reinado su siglo de oro, y sin embargo, con él comienza la declinación del Austria y la deplorable ruina de España.

No era ya en constituir una monarquía universal en lo que pensaba, sino en inquietar á los reinos más bien que en conquistarlos. Siendo su intención hacerse absoluto en sus Estados y fuera de ellos, no por la guerra sino por las elucubraciones de la política, y volver la Europa al catolicismo con la violencia; aparece en las historias de la época como espantajo de toda libertad, y cómplice de todas las tentativas de despotismo. Estendió por Alemania, Francia é Inglaterra los millones adquiridos á precio de la efusión de sangre americana, para com-

prar allí torrentes de sangre cristiana. Creía fuerte su voluntad porque era obstinada, y habiéndose puesto al abrigo de los remordimientos con la devoción, se forjaba un deber á su modo. La independencia religiosa era á sus ojos un crimen de lesa majestad; por esto fué su principal aliada la inquisición, cuyos rigores parecían justificados ó escusados por los males que la herejía había producido en Alemania y Francia. Como asistiese á un auto de fe, contestó á uno de los condenados que le hacía un cargo por tolerar tan bárbaro suplicio: *Se lo haría sufrir á mi hijo si fuera hereje*.

Holanda.—Su celo por introducir por todas partes la inquisición produjo la rebelión de los Países-Bajos, acontecimiento el más importante de su reinado. El nombre de Holanda (1) indica la naturaleza de aquella comarca, formada de la llanura que desciende al mar de Alemania, y está en varios puntos hasta bajo el nivel del mar. El hombre está allí, pues, destinado á luchar sin cesar contra la naturaleza, dirigiendo las aguas por infinidad de cauces para fecundar el terreno formado sobre piedra, y oponiendo poderosos diques al Océano, que en sus momentos de calma, balancea sus olas más elevadas que los techos de los industriuosos habitantes. Se encuentran allí como en una ciudad sitiada sus atentos vigías, dispuestos á dar la señal de cerrar las salidas y salvarse si el terrible elemento llega á inundar algún punto. No hay año que no se abra paso por uno ú otro lado: entonces la desolación se estiende por toda la campiña, en la que resuenan gritos de alarma y el sonido de la campana. Todos se apresuran á apoderarse de los objetos de su afecto, cargarlos en barcas y huir, bogando por encima de las casas y jardines donde

(1) *Holland*, país hondo

habían esperado gozar con ellos de felicidad. Todos los hombres hábiles se dirigen al punto donde se ha verificado el rompimiento, para oponerse á la inundacion, trabajando de día al ardor del sol, y de noche á la claridad de las mil luces, y apresurándose con ayuda de nuevos terraplenes á rechazar al Océano hasta sus antiguos límites, para comenzar á disputarle pié por pié aquellas tierras pantanosas que amenaza continuamente con sus olas.

Inmensos diques contruidos de piedras y troncos de árboles en un país donde no hay selvas ni canteras, atraviesan el territorio, donde sirven de caminos. Por otra parte las dunas de arena invaden los terrenos cultivados; pero el hombre las detiene oponiéndoles plantaciones. Los nombres terminados en *dyk* y en *dam*, tan numerosos en aquellos puntos, indican los lugares que han salido de las aguas; y llaman *broeksel* á un pantano, y no era otra cosa la isleta del Senna, en la que un obispo de Arras, en el siglo VIII construyó una capilla, que llegó á ser después la ciudad de Bruselas, y Luis Guicciardini dice que hasta 1048 la estipulación de los contratos se hacia para el caso en que el mar no se llevase el fundo en el espacio de diez años. Añadamos que esta inundacion se renueva tres ó cuatro veces cada siglo dejando lagos donde se habían formado jardines, é islas donde flotaban navíos. Cuéntase desde 516 hasta 1273 cuarenta y cinco sumersiones. La de 1287 sepultó á ochenta mil hombres; el 18 de Noviembre de 1421 las olas se estendieron por una estensa llanura y sumergieron setenta y dos aldeas con cien mil habitantes. No quedan mas que algunos islotes donde se encontraba la ciudad de Dordrecht; en 1570 se ahogaron cien mil personas; pero desde entonces los holandeses triunfaron de su enemiga á pesar de las irrupciones de 1659 y 1718. En 1770 se abrió el mar un paso de más de cien piés de ancho en la Frisia, y se emplearon todas las velas de los barcos destinados á la pesca de la ballena para cerrar las fugas de los diques. El 3 y el 4 de febrero de 1825 acaecieron nuevos desastres: más de treinta aldeas de Güeldres y de la Frisia fueron cubiertas por las aguas, con cuatro ó cinco mil arpentés de tierra. Dícese que perdieron la vida cincuenta y dos mil personas.

La frecuencia de los desastres hizo que se estableciese entre los holandeses el espíritu de asociación, de asistencia mútua, así es que los cultivadores, reducidos á la miseria por las inundaciones, encuentran prontos y generosos socorros.

Escesivamente sóbrios, moderados, amantes del trabajo, instruidos, y por consecuencia poco inclinados al crimen, enemigos del lujo y de toda profusion inútil, los holandeses aman la limpieza, las colecciones de flores y cosas raras; saben sacrificar lo presente al porvenir, y esto es lo que hace que empleen grandes capitales en empresas, cuyos resultados se hacen aguardar mucho tiempo. El holandés contrae en medio de las vicisitudes á las

cuales está espuesto, la tenacidad que le distingue entre los demás pueblos de la Europa moderna, la habilidad en obtener, la perseverancia en observar. De esta manera es como ha conseguido hacerse con el mar, objeto constante de terror para él, un medio de poder y dominar en los territorios más remotos.

Circunstancias particulares ayudaron á su prosperidad. En 1198 Houlloz descubrió el carbon mineral que producía el territorio. El pescador flamenco Juan Beukeltz mereció una estatua por haber encontrado en 1416 el medio de salar y prensar el arenque, que es la riqueza del país, y puesto de esta manera á sus compatriotas en estado de proveer de este artículo á todo el mundo. En 1230 una revolucion natural separó á la Holanda septentrional de la Ostfrisia, de la que antes no estaba dividida más que por un lago, á través del cual pasaba un brazo del Rhin. Habiendo sido rechazadas las aguas del río hasta el mar del Norte, sumergieron todas las tierras situadas al Norte del lago, que es el llamado en el día de Zuydersee, y al cual ha debido Amsterdam su prosperidad.

No fueron menores las agitaciones políticas en este país que los movimientos de la naturaleza. Los gobernadores colocados en él por los sucesores de Carlomagno, se habían hecho independientes bajo los nombres de condes de Holanda y Flandes, de duques de Brabante y Güeldres, sin contar el obispado de Utrecht y la Frisia, que formaban casi un reino. Una gran parte de los Países Bajos pertenecía al antiguo reino de Lorena; de aquí procedió el que fuesen reunidos á la Alemania hasta el momento en que los duques de Borgoña los separaron de ella (1363). Habiendo tocado en herencia á Felipe el Atrévado, hijo del rey de Francia, Juan I, el ducado de Borgoña, contrajo matrimonio con Margarita, hija de Luis II, último conde de Flandes, y en su consecuencia heredó con aquella provincia el Artois, el Franco-Condado, Nevers, RetHEL, Malinas y Amberes (1428), Felipe el Bueno, su nieto, compró el condado de Namur; heredó los ducados de Brabante y de Limburgo; obtuvo de Jacoba de Baviera, por tratados, los condados de Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia (1473); ocupó el Luxemburgo por un convenio hecho con la princesa Isabel sobrina del emperador Segismundo, y Carlos el Temerario le unió después el condado de Zutfen.

En un principio la Holanda había sido eminentemente caballeresca, y había dado á Jerusalem sus primeros reyes y á Constantinopla su primer emperador en la cuarta cruzada. Pero después sucumbió el feudalismo bajo una nobleza comerciante; y las ciudades, cuyos privilegios se habían aumentado con la debilidad de los señores, cifraron su gloria en el comercio. Ciento cincuenta barcos mercantes entraron en el puerto de la Eclusa en un solo día del año 1468; quince compañías de comercio existían en Brujas, además de las factorías anseáticas. Después, cuando en tiempo de Maxi-

miliano de Austria, un bloqueo de diez años arruinó la Eclusa, Amberes se aumentó á sus espensas, y llegó á ser, gracias á su río, en el que pueden fondear barcos de alto bordo, la ciudad más comercial de la cristiandad; dos ferias que duraban sesenta días cada una, reunían allí todos los años á gran número de mercaderes. Cuando las vías del comercio cambiaron, los portugueses hicieron el de las especias, que los italianos se veían obligados á ir y comprar, al mismo que los anseáticos trasportaban los géneros del Norte; resultó de esto que la ciudad contuvo bien pronto cien mil habitantes; que en su puerto fondeaban todos los días cerca de trescientos barcos, que cada semana se veían llegar dos mil carros de Alemania, Francia y Lorena, y que en un mes hacia más negocios de cambio que Venecia en dos años. Al comercio se añadieron las manufacturas de telas, encajes y quincallería: de esta manera llegó á ser el país uno de los mas ricos y poblados del mundo: algunas ciudades pudieron armar hasta veinte mil hombres; y en el siglo XV se contaban trescientas cincuenta y ocho ciudades, de las cuales doscientas estaban amuralladas, y seis mil trescientas aldeas con campanario, al paso que en tiempo de los romanos no existían en los mismos lugares, más que una docena de aldeas y algunos campamentos.

Los habitantes asociaban al lujo la templanza, y tanto entonces como en el día, la limpieza, el deseo de verlo todo aseado y brillante era su manía. Cuando Felipe el Hermoso hizo su entrada en Brujas, admirada su mujer de los trajes elegantes de aquellas mujeres de mercaderes, exclamó: *¿Cómo! Creía ser la única reina y las encuentro aquí á centenares.* Margarita, mujer de Enrique IV, se maravilló al ver el palacio del obispo Erardo de La Marck, «tan bien dorado y con tantos mármoles, que no se puede imaginar nada más magnífico y delicioso.»

De esta manera era como los Países-Bajos adquirían sin cesar mayor prosperidad cuando el matrimonio de Maria, hija de Carlos el Temerario, con Maximiliano, valió á la casa de Austria once provincias, á saber: los ducados de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo; los condados de Flandes, de Hainaut, de Namur y Artois, de Holanda y de Zelanda; el marquesado de Amberes y el señorío de Malinas. Felipe, nacido de aquella union, y Carlos Quinto, su hijo, le añadieron la Frisia y Utrecht con Over-Yssel, Güeldres con Zutfen, Groninga y Cambray; Carlos Quinto le unió también el Franco-Condado, y formó de todo un principado reunido al imperio bajo el nombre de círculo de Borgoña (1548); mandando por una pragmática que fuesen indivisibles, y poniéndolas bajo la protección del Imperio, con obligacion de respetar la paz general, aun cuando quedasen como soberanías libres, independientes de la jurisdicción del Imperio y de la Cámara.

Aunque estos países estuviesen gobernados por

un *estatuder* ó vicario, el vínculo que los unía era débil, porque cada uno tenía sus Estados aparte, y compuestos de una manera diferente; pero los tres órdenes enviaban representantes á los Estados generales. Gozaban de varios privilegios, entre otros el de no recibir nunca tropas extranjeras.

Orgullosos con semejantes prerogativas, á duras penas se resignaban á soportar el dominio de España; por lo que Carlos Quinto, que conocía la importancia de los Países-Bajos, y amenazaba á Paris con meterle en su *guante* (Gante), decía: *Mi país será rico interin las mujeres de Flandes tengan dedos*; pero aunque en el catálogo de sus victorias le colocaba en primer lugar y le visitó diez veces y aparentó preferirle á la nobleza castellana, cada día que pasaba le parecía más difícil tenerle á raya, y sofocar los lamentos, que arrancaba la enormidad de los impuestos, que llegaron á ascender á 40,000 escudos de oro.

En este estado se introdujeron en el país con el comercio las ideas de los innovadores: Edgardo, conde de Ostfrisia, dió á conocer desde un principio los escritos de Lutero, ya bien acogidos por otros príncipes. Al mismo tiempo la necesidad de aumentar la población hacia que se recibiese voluntariamente á los protestantes fugitivos de los demás países. Carlos se asustó de aquellas disposiciones, y lejos de prestarse á la tolerancia que usaba en Alemania, prohibió tener en su casa y leer las obras de los heresiarcas, como también predicar sobre los textos bíblicos ó interpretarlos sin autorizacion, so pena de muerte, con intimacion á los magistrados y funcionarios de prestar ayuda á los inquisidores. Si se han de creer diferentes relaciones, hizo quemar, ahogar, enterrar vivas á cincuenta mil personas hasta 1560; pero nos inclinamos á pensar que hay exageracion, aun cuando se refieran las circunstancias y se citen los nombres. Pero sus edictos de extremada severidad subsisten, y tuvieron, como por lo comun, por efecto multiplicar los prosélitos é impulsarlos á exesos. Los anabaptistas y otros fanáticos escitaron turbulencias; al mismo tiempo los negociantes alemanes é ingleses huían asustados de Amberes y de los demás puertos; pero en fin, la princesa Maria, hermana de Carlos Quinto, á quien se había instituido regente (1531-55), obtuvo que los extranjeros y negociantes no fuesen nunca juzgados por la inquisicion.

El nombre de Carlos Quinto era, pues, execrado en aquellas provincias, aun cuando no pensasen todavía en rebelarse; porque había dado un gran impulso á su comercio contribuyendo á destruir el poder de la liga anseática y abriéndoles todos los puertos del mundo; los había elevado á la categoría de las primeras monarquías de la Europa con unirles la Borgoña; y había reprimido las discordias civiles, que hacia tanto tiempo tenían en hostilidad continua el Güeldres, la Frisia, Utrecht y Groninga. Además Carlos había nacido en Flan-

des, su gloria reflejaba sobre aquel país, y hemos experimentado nosotros mismos cuantas opresiones hace sufrir la gloria.

Cuando Carlos Quinto abdicó en favor de Felipe II (1556), Margarita, duquesa de Parma, hermana natural del nuevo rey, fué á gobernar los Países-Bajos, pero bajo la absoluta direccion de Antonio Perrenot de Granvelle, obispo de Arras, hombre cuyo orgullo y despotismo igualaban á su capacidad. Carlos Quinto habia establecido en 1522 en el Brabante á un inquisidor seglar, asistido de algunos eclesiásticos; Clemente VII delegó al efecto á tres, y Paulo III los redujo á dos. Pero no eran extranjeros ni dominicos; sus decretos parecían menos arbitrarios, su procedimiento menos misterioso; además, los nombres producen algunas veces más efecto que la misma cosa. Quiso establecer Felipe la inquisicion en aquellos países sobre el modelo de la de España; y al ver que las ciudades se oponían resueltamente á esta medida, envió al país tropas extranjeras y recaudó dinero para su sostenimiento. Cuando se vió requerido de retirarlas, con arreglo á la constitucion, trató de eludir la dificultad ofreciendo el mando de aquellos extranjeros á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, gobernador de Utrecht, de Holanda y de Zelanda, y al conde de Egmont, estatuder de Flandes y de Artois, que habia adquirido fama en la batalla de San Quintín. Ambos se negaron y se convirtieron en centro de la oposicion. El conde de Egmont era franco, sincero, belicoso, y el príncipe de Orange estaba dotado de un alma fuerte bajo una apariencia vulgar, como si hubiese esperado la ocasion de manifestar su grandeza.

Felipe II era deudor á los nobles holandeses de sus victorias contra la Francia, pero esto no le impedía maltratarlos. Después de haberse arruinado al servicio de Carlos Quinto, ellos que estaban acostumbrados al lujo, se encontraban en la paz inferiores á los ricos vecinos, y despreciados al mismo tiempo por el rey. Además, Felipe aumentó el número de los obispos á diez y siete, de tres que eran, despreciando de esta manera á los abades, y multiplicando los tribunales para perseguir las herejías, para colocar en ellos personas de su devocion. Hizo dar á Granvelle el capelo de cardenal, y nombrar al arzobispo de Malinas primado de los Países-Bajos. Reconocieron los católicos y protestantes, que Felipe trataba de establecer en el país un gobierno inquisitorial, de la clase del que existía en España, y se quejaron de que se confiaban los empleos á españoles; presentóse una peticion á Margarita, firmada por cuatrocientos caballeros; después sobrevinieron numerosas quejas de todas las órdenes; de los eclesiásticos por la creacion de nuevos obispados, del pueblo por la inquisicion, y de todos por la violacion de sus constituciones. No se escucharon los agravios; pero los que los habian formulado no perdieron su recuerdo, y los *rederykers*, sus poetas populares, propagaron el odio contra un gobierno opresor.

En medio de aquella agitacion (1539), publicaron los reformados su confesion de fe en treinta y siete artículos, que indicaba una tendencia hácia el calvinismo, y que admitiendo la presencia real en la Eucaristia, proclamaba la igualdad entre los ministros: poco después, el príncipe de Orange y el conde de Egmont se unieron al almirante Felipe de Montmorency contra Granvelle. Es cierto que continuaban las protestas de fidelidad á la España, pero Felipe, que no entendia nada de comercio y que consideraba toda queja como una rebelion, se obstinó en no reemplazar al cardenal ministro. Estos tres señores declararon en consecuencia que se abstendrían en adelante en asistir al consejo de Estado, para que no pareciese que tomaban parte en actos tiránicos. Vióse, pues, Felipe obligado á volver á llamar á Granvelle; pero en cambio dispuso la entera ejecucion del concilio de Trento y de las leyes inquisitoriales de su padre. *Más vale perder á sus súbditos que reinar sobre herejes*, decia, por eso rechazó continuamente las opiniones protestantes, tanto más, cuanto conocia que si concedía la menor cosa á los holandeses, no dejarían los españoles de exigir otro tanto. Gobernó en su consecuencia con una crueldad sistemática, desaprobando, tanto á su padre que habia manifestado tolerancia, como á la Francia que no obraba como él. Dícese además, que habiéndose visto en Bayona la reina de Francia y la de España (1565), resolvieron esterminar á los protestantes, y concertaron entre sí los medios de conseguirlo.

Que sea el hecho cierto ó no, el príncipe de Orange se unió á doce nobles, que se comprometieron á asegurar la libertad nacional. Pronto multitud de caballeros, tanto católicos como reformados, se reunieron á ellos, y se animaron unos á otros con nuevo ardor en las diferentes asambleas: presentáronse después en cuerpo en Bruselas, vestidos con trajes comunes y uniformes, para suplicar á Margarita suprimiese la inquisicion. Habiendo dicho á la regente Barlemon: *¿Pues qué, tenéis miedo de esos miserables?* adoptaron este nombre, y en señal distintiva llevaban una medalla de oro, que por un lado tenia el busto del rey y por el otro unas alforjas sostenidas con dos manos con estas palabras: *Fiel al rey hasta las alforjas*. Otros adoptaron una escudilla de madera, colgada de una cinta de plata; pero el conde de Egmont la hizo reemplazar después con esta divisa: *Concordia reiparva crescent*.

Muy distante estaba Felipe de sus súbditos para ver sus necesidades con sus propios ojos, demasiado obstinados para apreciar sus agravios, y estaba persuadido como José II, de que *el fuego de la rebelion no puede apagarse sino con sangre*. Habiendo concedido la duquesa la autorizacion de ahorcar á los herejes, en lugar de quemarlos, le pareció que la dignidad real se encontraba comprometida. *¿Había longanimidad que no pudiera agotarse?* Cansados los reformados de ver despreciados sus re-

clamaciones, perdieron la paciencia: asociáronse en número de varios millares, tomaron las armas y se arrojaron sobre Amberes: vengándose contra el cielo de los males causados por los hombres, rompieron las imágenes y las cruces, asolaron los conventos, y en un solo día llevaron el estrago á cuatrocientas iglesias, sin que se libertase la maravillosa catedral y sus setenta altares (2).

Como semejantes escesos indisponían á los católicos comprometidos, pudo Margarita, fomentando los odios, debilitar la oposicion, y la fuerza que recobró de esta manera le permitió desplegar severidad. Ya se decia que llegaban tropas de España; por otra parte los luteranos negaban á los insurrectos los socorros que pedían, en atencion á la diferencia de opinion que los separaba de ellos. Retiróse, pues, el príncipe de Orange, el conde de Egmont se reconcilió con la corte, y cerca de cien mil ciudadanos se refugiaron en Alemania é Inglaterra, adonde llevaron su industria. Entonces pudo Felipe lisonjearse de haber restablecido el orden y la religion.

El duque de Alba.—Pero aquella emigracion tan numerosa habia dejado despoblado el país y destruido el comercio; en su consecuencia escribió la regente á España para que se le dictasen las medidas que habia que adoptar. Era la cuestion, saber si serían dictadas por la clemencia ó por la severidad. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, persuadió á Felipe que los ánimos no se habian apaciguado sino por temor, que pronto estallaría de nuevo el incendio, y que en su consecuencia era necesario emplear rigurosos medios de represion. Aunque la regente predijo que resultaría una guerra larga y terrible, el duque de Alba reunió en Ginebra ocho mil setecientos ochenta infantes y mil doscientos caballos, ejercitados en maltratar á los italianos, sin contar tres mil seiscientos alemanes que valían mucho más. Eligió por maestro de campo á Chiapino Vitelli, y por comandante de artillería á Gabriel Serbelloni; después entró en el territorio de los Países-Bajos con poderes tan estensos, que Margarita dimitió la regencia.

(2) STRADA, *De bello belgico decades*. Aunque jesuita y parcial, bebió en buenas fuentes y corrigió á los protestantes, entusiasmados en sentido opuesto.

EVERARD VON REYD (Reidani), *Annal belgici*.

WIQUEVORT, *Historia de las Provincias Unidas*.

WANDER WYNCKT, *Turbulencias de los Países-Bajos*. Edicion de la cual se tiraron solamente seis ejemplares. El autor pudo consultar los documentos que se encuentran en los archivos de Flandes.

BENTIVOGLIO, *Della guerra di Fiandra*. Era nuncio apostólico en Flandes, desde 1607 á 1616.

LUIS CABRERA DE CÓRDOBA.—*Hist. del rey don Felipe II*. Madrid, 1719.

ROB WATSON. *The history of the king Philipp. II*. Londres, 1777.

SCHILLER, *Historia de la insurreccion de los Países-Bajos*.

El duque de Alba era uno de los hombres más eminentes de España, excelente capitán, sin igual en el arte de establecer un campamento, tan pródigo de su vida como avaro de la de sus soldados, era muy severo en todo lo concerniente á la disciplina, los acontecimientos le encontraban impávido. Muy hábil en conducir una intriga, parco en responder, invariable en las resoluciones, sin miedo ni piedad, sin ambicion, avaricia ni liberalidad con sus inferiores; se manifestaba desdenoso con sus iguales, poco respetuoso con sus superiores, fué detestado de Carlos Quinto y de Felipe, á quienes sin embargo prestó eminentes servicios (3). *Es necesario pescar*, decia, *los salmones y los peces grandes, y no las truchas y las sardinas*. En su consecuencia invitó á comer al conde de Egmont y al almirante conde de Horn, y los puso presos. Al momento estableció un tribunal para que instruyese bajo su presidencia, el proceso á todo el que hubiese tomado parte en las turbulencias ó no se hubiera opuesto á ellas; hubiese firmado manifestaciones contra la inquisicion, recibido en su casa predicadores reformados, ó sólo dicho que valía más obedecer á Dios que á los hombres. Las condenas no variaban más que de horca en hoguera, de galeras en descuartizamiento. La inquisicion de España, á la que Felipe habia llamado á decidir, declaró (de-

(3) «Este gran capitán unia á un nacimiento distinguido inmensos bienes, ojos vivos pero severos, mirada segura y á veces terrible, apostura grave y continente austero, aire noble y cuerpo robusto, discurso mesurado y silencio elocuente. Era sobrio, dormía poco, trabajaba mucho, y despachaba por sí mismo todos sus negocios. Su infancia fué razonable: la edad madura no atrajo sobre él el ridículo ni la debilidad; el tumulto de los campamentos no le hizo disipado, y en medio de la licencia de las armas se hizo hombre político. Cuando emitía su opinion en el consejo ni adulaba á los designios del rey, ni á los intereses de los ministros, declarándose siempre por el partido que creía más justo. Si no infundía probidad á cuantos le escuchaban, á menos no les seguía en sus injusticias. Su intrepidez no se limitaba al día de la accion; la desplegaba en todas partes, y sus amigos se estremecieron más de una vez al oírle defender, con cierto orgullo, la memoria de Carlos Quinto de las invectivas de su hijo Felipe II. Su casa tenia un aspecto de grandeza que de ninguna habia copiado y que desgraciadamente ninguno imitó: le agradaban los jóvenes nobles que abrazaban la carrera de las armas ó de la política; sus protegidos ocuparon por espacio de mucho tiempo los primeros destinos de España, y aumentaron su reputacion. En los fastos de la nacion no se hallaba capitán más hábil que él para sostener una gran guerra con pocas tropas, para destruir los mayores ejércitos sin combatirlos, para esquivar al enemigo sin ser sorprendido nunca, para adquirirse la confianza del soldado y sofocar sus quejas. Asegúrase que en sesenta años de guerra, en diversos climas y con enemigos diferentes, en todas las estaciones no fué jamás batido ni sorprendido. ¿Qué hombre como él, si no hubiese manchado tanto talento y virtud con una severidad tan escesaiva, que á veces rayaba en barbarie y crueldad!» RAYNALD, *Historia del Stathouderat*.